

rarle en la tribulacion? No es la agena desgracia la piedra de toque con que se exâminan los quilates de nuestro amor? ¡Oh que raro es el amor que se encuentra verdadero, aplicado á esta rigorosa piedra de toque! Y que horror! El de los apóstoles se experimentó falso. Pues al tiempo de la pasion del Señor unos huyéron, otros se escondiéron, y Pedro que se arrojó á seguirle, cometió la vileza de negarle. Solo Juan permaneció fiel y constante compañero de Jesus, y de su Santísima Madre. Y si esta soberana Reyna á costa de indecibles penas estuvo viendo la afrentosa cruel muerte de su amado Hijo Jesus: á igual costa se mantuvo á su lado su segundo hijo Juan: *Cum vidisset Jesus discipulum stantem, quem diligebat*¹. ¡Que amor! ¡Que dolor! ¡Que martirio! Porque creyendo, que la Virgen por lo que padeció al pié de la cruz fué mártir, y mas que mártir, no podemos negar que tambien lo fué nuestro Evangelista.

22 Hasta en el martirio, señores, que es el testimonio que dan los mas Santos de la verdad de nuestra fe, y la última prueba de su amor á Dios, fué singular nuestro Apóstol. Pues los demas no tardaron á morir á manos de los gentiles; y solo Juan se libró milagrosamente de los tormentos para padecer el mas largo violento martirio. Porque especialmente despues que María Santísima se subió á los cielos, con que afliccion se quedó en la tierra? ¡Que santa envidia tendria de la suerte que gozaban sus compañeros con la presencia de su amado Maestro! ¿Que, Dios mio, diria con las palabras con que en su nombre le preguntó san Pedro, que ha de ser de mí? *Hic autem quid?* He de ser siempre habitador de Cédar? ¿Peregrino de este pais extraño del mundo? ¿Que ha de ser de mí? No os pido, Señor, como en otro tiempo, una de las dos primeras sillas junto al trono en que pensaba habiaís de sentaros Rey de Israel, sino el amargo cáliz de la pasion

¹ Ioan. XIX.

sion que me ofrecisteis. ¡Que tardais á darmele á beber! ¿Quanto he de estar sediento en este mundo? ¿Hasta que Vos vengais por mi? *Sic eum volo manere donec veniam?* Venid á toda prisa, amado Jesus, venid; que no puedo sufrir mas vuestra ausencia. Muero del deseo de veros. Muero de amor.

23 No sabré, señores, deciros, quan grande fué el deseo que tuvo san Juan de ver á Dios: así como no sé deciros quan grande fué su amor á lo último de su vida, despues que con repetidos actos de caridad se aumentó hasta lo sumo. Contempladlo vosotros, miéntras que en nombre de la iglesia doy las mas humildes gracias al Señor de que dexó en ella á su amado discípulo, para que en sus principios coluna firme la sostuviera, antorcha resplandeciente la alumbrara, y predicador zeloso de la nueva ley de amor le encendiera en los corazones de los hombres. ¡Oh si volviera nuestro Apóstol al mundo en estos tiempos en que apenas quedan unas frías cenizas de aquel fuego! ¡Oh si viniera á nuestra España, muy satisfecha con su fe, muy contenta con creer á Dios, sin cuidarse de amarle! Como nos desengañara! Pero no hace falta el Apóstol si queremos aprovecharnos de sus sagrados libros. Pues en ellos nos dice; que la fe sin el amor de Dios está muerta, es inútil; y que no ama á Dios, quien no guarda su santa ley, y no ama á sus próximos con las obras, perdonando sus injurias, socorriéndolos en sus necesidades³: *Hijos mios, dice, no nos amemos de palabra ni de lengua, sino de verdad y buenas obras. Filioli non diligamus verbo, neque lingua, sed opere & veritate.*

24 ¿Y no hemos de tomar, christianos mios, el consejo que nos da nuestro amoroso padre y Apóstol, ¿No hemos de imitar su exemplo? ¿Ha de malograrse mi designio? Ha de ser estéril nuestra veneracion? No

Tom. II.

Nn

he-

³ I. Ioann. III. v. 18.

hemos de amar á Dios sobre todas las cosas? Y que amamos, si á esta bondad no amamos? Que tenemos, si á esta magestad no tenemos? A quien servimos, si á este Señor no servimos? Paraque nos dió la voluntad, sino para amar el bien? Pues si Dios es el sumo bien, porque no le abraza nuestra voluntad? Porque tenemos en ménos al Criador, que á las criaturas? Porque le despreciamos y ofendemos por un vil interes, por un vano pundonor, por un torpe deleyte? ¡Que ceguedad! ¡Que locura! Alumbrad, Dios mio, nuestros entendimientos con una porcion de aquellas luces con que alumbrasteis el entendimiento de vuestro amado Discípulo. Encended nuestras voluntades con una centella de aquel fuego, con que encendisteis su voluntad; paraque conociendo nuestra miseria, digamos arrepentidos, que nos pesa de haber pecado. Perdonadnos, amabilísimo Jesus, perdonadnos por vuestra bondad, y por vuestro amor. Admitidnos á vuestra gracia, paraque amándoos en esta vida hasta la muerte, os veamos reynar en la otra con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DE LOS SANTOS INOCENTES. (*)

Herodes occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, & in omnibus finibus eius, á bimatu & infra. Math. cap. II.

No pueden celebrarse las victorias sin llanto de los que perdiéron las batallas. No pueden curarse las llagas, sin que se dilaten las heridas. No puede satisfacerse el agravio, sin que se acuerde el motivo de la ofensa. Pero ¿han de ser irreconciliables los odios? ¿Han de quedarse incurables las heridas, y sin el debido aplauso las victorias? Bien puede suavizarse un mal, sin quitársele el horror que se merece. No es adular referir con moderacion un delito: porque no es preciso añadirle circunstancias sangrientas, para reconocerle detestable. No permitia la antigua Roma en las guerras civiles, aun en las mas justas y necesarias, la gloria del triunfo á los vencedores: porque seria espectáculo funesto ver los trofeos manchados con sangre de sus propios ciudadanos: *Lugubres semper*, dice Valerio, *existimatæ victoriæ sunt: utpote non externo, sed domestico partæ cruore*. Por eso buscó César en Mauritania y Egipto materia á sus triunfos; y aunque juntamente con estos bárbaros fuéron vencidos los parciales de Pompeyo, solo aquellos arrastráron el carro de su triunfo.

Nn 2

2

(*) Predicado en la Metropolitana de Valencia á 28. de diciembre de 1735 con las circunstancias de 40 horas, de accion de gracias por la victoria de Villaviciosa, y de desagrazios.

Lib. II. c. 3. n. 4.